

## EDITORIAL

### AMERICA PIERDE DOS DE SUS GRANDES FIGURAS INTELECTUALES

*Antonio Caso*

**S**I en el número pasado de esta Revista exaltamos gozosos el nombre de Gabriela Mistral, con motivo del Premio Nobel con que fué justamente agraciada, hoy tenemos que comentar con tristeza la desaparición de uno de los pensadores de más recia contextura moral que han producido los países iberoamericanos. De la misma prosapia que Hostos, Varona, Sierra, Sarmiento, don Antonio Caso representa al maestro por antonomasia en la historia del pensamiento mexicano. Como maestro de la juventud se le conoce, después de Ignacio Manuel Altamirano y de Justo Sierra. Más que ellos, dedicó toda su vida a la enseñanza y también su vida constituyó un ejemplo para todos los que de lejos o de cerca recibieron el mensaje de su espíritu selecto.

Perteneció a la generación llamada del Ateneo. Fué, indudablemente, el más alto exponente de las ideas de un grupo al que pertenecen Vasconcelos, Alfonso Reyes, Carlos González Peña, Julio Torri y otros más, que han ilustrado con sus obras uno de los capítulos más brillantes de la literatura mexicana.

Se distinguió desde su juventud por su dedicación al estudio de la filosofía. "No hay una teoría, no hay una afirmación o duda que él no haya hecho suya por un instante; la historia de la filosofía él la ha vivido" — ha dicho Alfonso Reyes. En las conferencias que jóvenes de aquella época (1908) organizaron en la Escuela Nacional de Jurisprudencia, Casó dirigió los primeros ataques al positivismo, entronizado como doctrina oficial en las escuelas y fundamento de una organización política que había de llevar al "cientificismo", base del porfirismo imperante.

Las ideas de Boutroux y de Bergson aparecieron en la cátedra, vivificando el ambiente y despertando nuevas inquietudes. Este movimiento de renovación no resultó ajeno del todo al que había de llevar al país a la revolución de 1910. Casó en la cátedra, en la tribuna, en el periodismo fué un promotor de inquietudes, un descubridor de vocaciones, un director de conciencias. Maestro en la tarea de dignificación que el país necesitaba, la huella que deja en la historia de la cultura mexicana es honda y perdurable. Su nombre salvó las fronteras y primero por sus obras, después por su presencia misma, los países del Continente lo conocieron y admiraron.

Recuerdo la profunda impresión que produjeron sus conferencias en el aula mayor de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, dirigida entonces —1921— por un espíritu afín por vocación y ta-

rea, el de Alejandro Korn; recuerdo el entusiasmo con que se le recibió en el salón de conferencias del gran diario argentino *La Prensa*; sé, por haberlo presenciado, del triunfo obtenido en la ciudad de Montevideo. La Universidad de Río de Janeiro lo hizo su doctor *honoris causa*, y la de San Marcos de Lima, de tan ilustre tradición, lo quiso nombrar su rector efectivo.

Por el continente flotaban los nombres de Amado Nervo, de Luis G. Urbina, de Enrique González Martínez. El de Caso vino a grabarse indeleblemente en los anales de la vida intelectual de entonces. Se le reconoció como uno de los grandes tribunos de América. En Buenos Aires lo señalaban como el primero de todos.

El día 6 de marzo abandonó este mundo, en medio de la consternación de todos los que fueron sus discípulos o simplemente sus amigos. Había nacido el 19 de diciembre de 1883. He aquí los títulos de sus principales obras:

*Problemas filosóficos, Filósofos y doctrinas morales, La existencia como economía, como desinterés y como caridad, Drama per musica, Discursos a la Nación Mexicana, Ensayos críticos y polémicos, El concepto de la Historia Universal, Doctrinas e ideas, El problema de México y la ideología nacional, Discursos heterogéneos, Principios de Estética, Historia y antología del pensamiento filosófico, Sociología genética y sistemática, Crisopeya (versos), El acto ideatorio, Nuevos discursos a la Nación Mexicana, La filosofía de Husserl, El políptico de los días del mar (versos), La filosofía de la cultura y el materialismo histórico, Meyerson y la física moderna, Positivismo, neopositivismo y fenomenología, La persona humana y el Estado totalitario, El peligro del hombre, Filósofos y moralistas franceses y México.*

*Pedro Henríquez Ureña*

Hace poco perdía México a uno de sus grandes maestros; ahora se marcha otro de los que dieron lustre a la llamada generación del Ateneo.

Pedro Henríquez Ureña representaba en el grupo la sólida cultura adquirida en el estudio tesonero y constante de las más variadas disciplinas. La filosofía no le era extraña e influyó mucho en los comienzos de la vida intelectual de Antonio Caso. Él promovía aquellas lecturas colectivas de los ateneístas, que paraban en la invocación de Diótima de Mantinea; él hacía llegar a las manos de sus compañeros y amigos el último libro venido de fuera que daba a conocer un nuevo aspecto de la ciencia o de la literatura; él corregía el artículo, proporcionaba el dato, señalaba el error a los que se acercaban a él en pos de noticias para la redacción de un trabajo. Como profesor no tenía par. Lo recuerdo bien en su cátedra de la Escuela Preparatoria, allá por el año de 1914. No era elocuente, ni fogoso como el maestro Caso; no era suave y persuasivo como Luis G. Urbina; su voz no le ayudaba para imponerse por medio de la entonación al auditorio; pero en cambio ¡qué caudal de noticias descubría en su oración! ¡qué fuerza convincente empleaba en sus argumentos! ¡cómo recordaba el dato peregrino, la fecha exacta de un acontecimiento, la cita indispensable para comprobar una afirmación! . . .

Si en la cátedra era insuperable, fuera de ella su labor adquiría caracteres excepcionales. No abandonaba al discípulo: lo acompañaba en paseos; intervenía en sus trabajos; suscitaba en él inquietudes; lo guiaba en sus investigaciones; era implacable en la corrección de su estilo.

No había solución de continuidad en su labor en la escuela y fuera de ella. Enseñó en la Preparatoria literatura castellana y en la Escuela de Altos Estudios literatura inglesa, cuando Caso profesaba la cátedra de filosofía, Alfonso Reyes la de literatura castellana y Luis G. Urbina por primera vez en México disertaba sobre letras mexicanas. Eran los tiempos heroicos de la Facultad. El desinterés acompañaba la tarea de los maestros y el entusiasmo la de los discípulos. La sombra de Justo Sierra protegía amorosamente la marcha de la Universidad recientemente organizada. Henríquez Ureña daba la impresión, entonces y a pesar de su juventud, de haber alcanzado plena madurez. Sus compañeros de Ateneo seguían sus consejos y acataban su autoridad, que ya era indiscutible en filosofía, en letras y en bellas artes.

Después cooperó con Vasconcelos en la gran obra de cultura emprendida por medio de la Universidad, primero, y a través de la Secretaría de Educación, después. Fundó la Escuela de Verano, inició el intercambio de profesores extranjeros; creó un seminario de investigaciones lingüísticas. Buscó refugio después en la Argentina y desde allí continuó la nunca interrumpida tarea de enseñar y aprender. En la Universidad de La Plata y en la de Buenos Aires desempeñó las cátedras de literatura castellana. Con Amado Alonso y Raimundo Lida organizó el Instituto de Filología, que tan sazonados frutos ha venido dando. Consejero de una empresa editorial, ha contribuido también al conocimiento de las obras fundamentales de la literatura española e iberoamericana.

Su residencia en el Sur no le hizo olvidar nunca los nexos que había tenido con México y con su patria, Santo Domingo. Fijos los ojos en los dos países, seguía atentamente el movimiento literario de ambos y lo comentaba

con interés. Sus cartas y sus libros lo mantenían en contacto con nuestros autores. El diálogo seguía a través de la distancia y del tiempo, entre el mexicano y el poeta o el prosista de la antigua Española, ese espíritu socrático tan fino que desde las riberas del Plata sabía escuchar y sabía decir lo que era indispensable a la unidad del pensamiento de nuestras Américas.

Nuestras Américas he dicho. La sajona y la ibérica. Porque él también se interesaba en lo que pensaba la América inglesa. Conocía a sus filósofos, a sus poetas, a sus ensayistas. Lo expresaba en inglés tan bien como en español. Restituyó al mundo latino la figura de Santayana. Fué un sagaz intérprete de las dos grandes culturas del mundo americano, desde su cátedra de la Universidad de Minnesota, en sus conferencias de Harvard después.

He aquí los títulos de las principales obras que escribió el maestro: *Ensayos críticos*, *Horas de estudio*, *La enseñanza de la literatura*, *Tablas cronológicas de la literatura española*, *Estudios sobre el Renacimiento en España*, *El maestro Hernán Pérez de Oliva*, *El nacimiento de Dionisos*, *Literatura dominicana*, *La versificación irregular en la poesía castellana*, *La utopía de América*, *El libro del idioma*, *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, *Comienzos del español en América*, *La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo*, *Antología clásica de la literatura argentina*, *El idioma español en Santo Domingo*, *Antología de la versificación rítmica* y *Literary Currents in Hispanic America*.

JULIO JIMÉNEZ RUEDA